

Neolítico y Calcolítico en el País Vasco Peninsular

(From the Neolithic to Early Bronze Age in the Iberian Basque Country)

Armendáriz Gutiérrez, Angel
Univ. de Cantabria Dpto. de Ciencias Históricas
Avda. de los Castros, s/n
39005 - Santander

BIBLID [1137-4489, 1997, 7, 23-36]

Se describe a grandes rasgos el desarrollo y características más sobresalientes de las primeras sociedades agrícolas y ganaderas del País Vasco peninsular, desde los orígenes del Neolítico hasta el Bronce Antiguo.

Palabras Clave: Neolítico. Calcolítico. País Vasco Peninsular

Peninsula aldeko Euskal Herriko lehen nekazaritza eta abeltzantza gizarteen garapena eta ezaugarri nagusiak deskribatzen dira, oro har eta haien ezaugarri nagusiak emanez, Neolitos arotik Antzinako Brontzerainoko guztiari dagokionez.

Giitz-Hitzak: Neolitoa. Kakolitoa. Hego Euskal Herria.

On décrit en brefs traits le développement et les caractéristiques les plus importants des premières sociétés paysannes du Pays Basque péninsulaire, dès l'origine du Néolithique jusqu'à l'Age du Bronze Ancien.

Mots Clés: Néolithique. Chalcolithique. Pays Basque Péninsulaire.

Las investigaciones sobre la Prehistoria Reciente en los diferentes territorios del País Vasco peninsular han conocido en los últimos años un impulso verdaderamente espectacular, sobre todo merced a la progresiva incorporación de jóvenes equipos de arqueólogos, bien formados, continuadores de una excelente y meritoria labor iniciada ya a fines del pasado siglo y que ha venido desarrollándose hasta hoy sin apenas interrupciones. Es de justicia destacar también el creciente apoyo institucional a estas actividades —en especial a partir del desarrollo político autónomo—, que permite instrumentar los medios técnicos y logísticos necesarios a la investigación, hoy en día nada baratos.

Es así como, en las décadas recientes, se ha procedido a la revisión en profundidad de los períodos objeto de este comentario, con nuevas e imaginativas interpretaciones de fenómenos ya constatados con anterioridad y, sobre todo, mediante nuevas excavaciones llevadas a cabo con técnicas rigurosas y el concurso de los modernos métodos de análisis paleoambientales y cronológicos. Fruto de todo ello resulta un panorama, todavía incompleto en muchos aspectos, pero coherente y suficiente para al menos describir a grandes rasgos la evolución y modos de vida de las primeras sociedades campesinas, tal y como pretendo sintetizar en las líneas que siguen, junto a algunas reflexiones de índole muy general.

1. EL PROCESO DE NEOLITIZACION

Los diferentes autores que se han ocupado modernamente del problema están de acuerdo en identificar el sustrato sobre el que adviene la neolitización como un Epipaleolítico avanzado, caracterizado —como en otras regiones peninsulares y europeas— por la presencia de microlitos geométricos. Esta facies geométrica en las industrias líticas es muy clara en la región meridional del país (Alava, Navarra) y mucho menos acusada en la vertiente cantábrica.

Tampoco parece haber dudas sobre la procedencia mayoritaria de los influjos culturales que desencadenarán el Neolítico. La presencia de determinados elementos, como la cerámica cardial, sugiere un origen mediterráneo, a través del valle del Ebro, corroborado por la neolitización más «típica» de las comarcas precisamente más próximas a esta vía.

En el Cantábrico, la indudable continuidad en los inicios del Neolítico con las industrias y ciertos modos de vida anteriores indica sin lugar a dudas que no hubo en este momento un aporte de población foránea significativo y que la aculturación se produjo bajo el estímulo de otros núcleos cercanos, por mero contacto y absorción de ideas. Otra cosa es lo ocurrido en el valle del Ebro, donde no podría descartarse la posibilidad de movimientos reales de población.

Desconocemos las causas que motivaron la sustitución de los antiguos sistemas de recolección por el modo de producción de alimentos, cuando aquéllos, en realidad, seguramente eran satisfactorios y no aparentan entrar en crisis en ningún momento (e incluso continúan con fuerza durante las primeras etapas del Neolítico). Se ha aludido a un rápido crecimiento demográfico que habría obligado a adoptar técnicas de incremento de la productividad, pero la información de que disponemos, fundamentalmente el número de yacimientos y su densidad de ocupación, parecen indicar que el verdadero salto demográfico tuvo lugar no en los inicios del Neolítico sino a finales del período.

Sea como fuere, las innovaciones se adoptan, tímidamente al principio, para ir tomando fuerza paulatinamente, coincidiendo con el desarrollo del período Atlántico (7000-5000 BP.), caracterizado, según los análisis polínicos, por una dulcificación de las temperaturas y un incremento progresivo de la humedad.

Las primeras evidencias de neolitización —que en Europa occidental se fechan (en cronología de radiocarbono) a fines del VI milenio a.C.— cabe situarlas, para el País Vasco, en la segunda mitad del V milenio. Estas evidencias se limitan a la aparición de algunas novedades técnicas (cerámica, pulimento), pero no parece que los modos de vida experimenten todavía transformaciones sustanciales. Ello hace que pueda incluso cuestionarse el empleo del término «neolítico» para referirse a sociedades epipaleolíticas provistas únicamente de dichas novedades.

Contamos con algunos yacimientos adscribibles a estos momentos iniciales, con fechas C-14: Abautz (nivel c: 6910 ± 450 BP.), Zatoya (nivel I: 6320 ± 280 BP.), Peña Larga (nivel IV: entre 6150 ± 230 y 5839 ± 110 BP.) y Fuente Hoz (nivel II: 6120 ± 280 BP.), en la vertiente del Ebro; Herriko Barra (entre 5800 ± 110 y 5730 ± 110 BP.), en la vertiente cantábrica.

Otros yacimientos, como La Peña (nivel d sup.), Padre Areso (nivel III), Montico de Charratu (paquete superior), Urbasa 11, Aizpea, Santimamiñe (nivel III), Arenaza, Kobeaga II, Kobaederra..., quedan sin una posición precisa dentro del Neolítico, pero algunos de ellos parecen muy antiguos, registrando las primeras cerámicas inmersas en un ambiente propiamente epipaleolítico.

Por tanto, cabe identificar un Neolítico antiguo, en general poco característico, cuyos rasgos tecnológicos serían los siguientes: escasas cerámicas, generalmente lisas y de perfiles ovoideos, pero también algunas con decoración impresa e incluso cardial (Arenaza, Peña Larga); industria lítica de apariencia epipaleolítica, con una variable incidencia del geometrismo, dentro del cual hace su aparición el retoque en doble bisel, y raros útiles de piedra pulimentada.

Respecto a los sistemas de producción, de la agricultura no sabemos nada con seguridad, pero contamos con alguna información acerca de los inicios de la domesticación animal. Esta no se encuentra presente todavía en el nivel c de Abautz, donde se registra por ahora la evidencia más precoz de neolitización, con cerámica y piedra pulimentada (si es que estos elementos pueden atribuirse con seguridad al nivel). Tampoco hay evidencias de domesticación —salvo el perro, seguramente domesticado ya en épocas anteriores— en el nivel I de Zatoya, ni en otros yacimientos de fecha o apariencia antigua. Parece que la domesticación es, por tanto, un fenómeno relativamente tardío.

Tras este Neolítico antiguo al que hasta ahora me he referido, sólo puede concretarse un Neolítico avanzado, que se desarrolla en el transcurso de la segunda mitad del IV milenio a.C. y los primeros siglos del III, del que tenemos información más abundante. Existen varios yacimientos fechados, tanto en cueva como al aire libre: Abautz (nivel b4: 5390 ± 120 BP.), Fuente Hoz (nivel I: 5240 y 5160 ± 110 BP.), Berniollo (?) (3910 ± 100 BP.), Los Husos (nivel IV: anterior a 4730 ± 110 BP.), La Renke (nivel II: con siete fechas entre 5210 ± 100 y 4250 ± 110 BP.), Kanpanoste Goikoa (4300 a 3400 BP.), Arenaza (nivel IC: 4965 ± 195 BP.) y Marizulo (sepultura del nivel I: 5285 ± 65 BP.).

En esta segunda etapa no aparecen novedades técnicas sustanciales, por lo que se refiere a la cerámica (salvo la aparición de algunas decoraciones incisas o plásti-

cas) o a la industria lítica, pero —a falta de información sobre el presumible progreso agrícola— se consigna ya una notable presencia de animales domésticos, con predominio del ganado ovicaprino y buena representación del bovino y el de cerda. Por otra parte, el momento aparece marcado por el inicio de un fenómeno cultural de gran importancia: el megalitismo.

2. EL CALCOLITICO

2.1. Planteamientos generales

No es fácil deslindar con precisión el final del Neolítico de los inicios del Calcolítico y nos parece, además, que tampoco es necesario. Ambos deben ser concebidos como una continuidad, donde cualquier límite que decidamos finalmente trazar —con fines meramente organizativos— será necesariamente artificial.

Ciertos autores proponen el inicio de la metalurgia como indicativo de ese límite, fieles a la propia etimología del «Calcolítico», el «Eneolítico» o la «Edad del Cobre». Pero, no sabemos con seguridad el momento de su introducción y, por otra parte, el metal es un material raro en los yacimientos, cuya ausencia no indica forzosamente su desconocimiento. Todavía más: no parece que la primitiva —insignificante— metalurgia haya supuesto modificaciones importantes de orden económico o cultural (sobre todo si se considera que los primeros objetos de metal pudieron ser simplemente importados) que justifiquen su elección como elemento objetivo determinante de una periodización.

Por tanto, y puestos a fijar algún rasgo diferenciador más o menos arbitrario, prefiero tomar, como elemento técnico, la aparición de las primeras puntas de retoque plano o, si se quiere, su generalización. Precursoras del metal, su elección permite considerar un Calcolítico inicial o antiguo, todavía sin cobre, pero que coincide a grandes rasgos con algún otro fenómeno de mayor entidad, como el inicio del auge de las inhumaciones colectivas (en dólmenes construidos o aprovechados y en cuevas) y de lo que parece una importante expansión demográfica, que desembocará en el Calcolítico pleno y que se refleja en la creciente densidad de ocupaciones de habitación y funerarias que van cubriendo el territorio. Todos estos fenómenos tienen lugar a partir de mediados del III milenio a.C., o poco antes, siempre según la cronología radiocarbónica.

Este Calcolítico antiguo o —si se prefiere— este período de transición Neolítico-Calcolítico se documenta cronológicamente en diversos yacimientos, la mayor parte en la vertiente mediterránea del país: San Juan ante Portam Latinam (con fechas aparentemente demasiado antiguas: 5070 ± 150 y 5020 ± 140 BP.), Los Husos (nivel IIIB: 4730 ± 110), dolmen de Los Llanos (base del corredor: 4660 ± 200 BP.), hipogeo de Longar (seis fechas entre 4580 ± 90 y 4445 ± 70 BP.), Urtao II (Galería Sur: 4490 ± 170 BP.), Peña Larga (nivel III: 4470 ± 160 BP.), túmulo de Kurtzbeide (4445 ± 95 BP.), La Peña (nivel b inf.: 4350 ± 80 BP.).

Me parece que puede prolongarse este Calcolítico antiguo hasta la aparición de los primeros objetos de metal y de la cerámica campaniforme, es decir, hasta, aproximadamente, el 4200/4100 BP. En el intervalo tienen cabida otros yacimientos fechados, como Abauntz (nivel b2: 4240 ± 140 BP.; recientemente otra fecha más antigua, en torno a 4350 BP.) e Iruaxpe I (4130 ± 110 BP.).

En algunos de estos yacimientos perviven los geométricos, en otros conviven con las primeras puntas de retoque plano y, en otros más —en general los más recientes— éstas ya parecen haber sustituido por completo a aquéllos. Los trabajos de campo modernos indican que las primeras puntas, correspondientes a estos momentos antiguos del Calcolítico, comprenden tipos de silueta foliácea o pedunculada, a veces con apéndices laterales, que prefiguran las aletas desarrolladas posteriormente.

A partir de la aparición del cobre y del campaniforme, aspectos de los que me ocupo luego con más detalle, cabe considerar una segunda etapa: el Calcolítico pleno o reciente, cuyo final es, por ahora, prácticamente inseparable del Bronce antiguo de otras regiones.

La elevadísima densidad de yacimientos de esta época permite hablar de una ocupación intensa del territorio, tanto en superficie como en altura, ya iniciada, como he dicho, a finales del Neolítico.

La ubicación de cuevas utilizadas, asentamientos al aire libre y monumentos funerarios, a veces en lugares recónditos, sugiere un amplio dominio del medio por parte de una población relativamente numerosa, así como la adaptación de considerables espacios para la práctica (atestiguada ya como intensa) de la agricultura y la ganadería, lo que debió implicar importantes labores de deforestación.

Al mismo tiempo, se percibe la existencia de una intrincada red de comunicaciones, a lo largo de valles o cordales de montaña, en muchos casos jalonada por monumentos megalíticos. Una red, sin duda, abierta al exterior, de lo que hay pruebas en la presencia de determinados elementos: unos de procedencia peninsular (campaniforme inciso, algunos tipos metálicos...) y otros, como el campaniforme cordado, algún útil aislado (hacha de Balenkaleku) y, en especial, ciertos peculiares objetos de adorno (cuentas de aletas, botones de perforación en V...), que manifiestan algún tipo de comercio o contactos transpirenaicos.

2.2. La primitiva metalurgia

Hasta la Edad del Bronce no tenemos en el País Vasco evidencia de verdaderas prácticas metalúrgicas, con excepción de un molde para fundir hachas planas, de cronología imprecisa, hallado cerca de un dolmen navarro. No sabemos, por tanto, si los primeros objetos de cobre llegan a la zona ya manufacturados, si fueron ultimados aquí a partir de lingotes o elementos fundidos importados del exterior, o si, por el contrario, son por completo producto de una metalurgia local.

Las metalografías realizadas sobre estos objetos indican unas técnicas bastante homogéneas durante el Calcolítico/Bronce Antiguo. El proceso metalúrgico incluye, en primer lugar, la fundición de las piezas en molde, para seguidamente ser sometidas a un severo tratamiento de forja en frío, tratamiento que aumenta la dureza del cobre, aunque también lo hace más frágil, y que resulta característico de la metalurgia más primitiva.

Por otra parte, los análisis de composición metálica permiten diferenciar tres grandes grupos de objetos, según dicha composición: unos aparecen integrados por cobre con escasas y variadas impurezas; otros muestran una aleación (ignoramos si intencional) con arsénico, como es corriente en la metalurgia ibérica; otros, por fin, presentan un elevado porcentaje de níquel, que todavía no encuentra explicación, pero cuyo estudio aportaría seguramente información muy interesante.

No sabemos con precisión el momento de la aparición de estos primeros objetos de metal, pero, existe una clara relación de los mismos con la cerámica campaniforme: asociaciones directas o pertenencia a un mismo horizonte cronológico. Ambos elementos —cobre y campaniforme— caracterizan el Calcolítico pleno regional. No puede descartarse, sin embargo, la presencia del metal en época precampaniforme, como en otros lugares de la Península, aunque por el momento no haya pruebas de ello.

Entre los primeros objetos de cobre se cuentan los punzones, con frecuencia biapuntados, de tipos cortos (como los llamados «de brújula») o largos («leznas» de tipo Fontbouisse) y secciones cuadrangulares o circulares. Existe también una buena, aunque corta, colección de puñales triangulares con espigo o lengüeta y una muy escasa representación de puntas de Palmela. Habría que añadir algunas hachas planas, procedentes de hallazgos descontextualizados difíciles de atribuir a un momento concreto, salvo por su composición metálica y tipología.

La metalurgia del oro, también relacionada con lo campaniforme, utiliza el metal aluvionar o nativo en general para elaborar pequeñas piezas ornamentales, muy escasas y procedentes exclusivamente de contextos funerarios: aritos espiraliformes o cuentas laminares.

2.3. El fenómeno campaniforme

La cerámica campaniforme aparece como un elemento típico del Calcolítico pleno, con prolongaciones hasta la Edad del Bronce. Mal o poco representada en el País Vasco hasta hace unos años, las excavaciones y prospecciones sistemáticas recientes (estas últimas fundamentalmente en áreas alavesas y navarras) van proporcionando una importante muestra que ya no procede sólo de yacimientos funerarios excepcionales, sino también de asentamientos al aire libre que documentan su empleo en condiciones más banales.

En nuestro territorio, debido a su situación geográfica encrucijada y lugar de encuentro de corrientes culturales en tantos momentos, pueden hallarse ejemplos de las variedades de campaniforme más generales, documentando una vez más la afluencia de estímulos procedentes del norte y del sur.

Sin duda, la cerámica campaniforme más abundante corresponde a la variedad incisa, de tipo Ciempozuelos, difundida exclusivamente por la vertiente mediterránea del país. A los conocidos ejemplares de la cueva de Los Husos y de los dólmenes de Faulo, Las Campas de Oletar y la Rioja alavesa se ha sumado en los últimos años, como decía antes, numerosos hallazgos procedentes sobre todo de asentamientos al aire libre: La Hoya, La Renke, Los Campos, La Llosa..., en Alava, y más de una veintena en las Bardenas y otras zonas de la Navarra Media y la Ribera (La Almuza, cueva de Piedramillera...).

El campaniforme del llamado tipo Marítimo se halla representado en sus diferentes variedades: puntillado de bandas, puntillado-cordado y exclusivamente cordado. El puntillado se localiza también en la cuenca del Ebro: cueva de Echaury, poblado de La Renke, dolmen de Tres Montes.

Los tipos cordados, por el contrario, se distribuyen fundamentalmente por la vertiente cantábrica del país: sepulcros megalíticos de Pagobakoitza, Gorostiaran E., Larrarte y Trikuaitzi I (variedad mixta o CZM) y cueva de Amalda II (variedad AOC); pero recientemente se ha recuperado un vaso con decoración mixta mucho más al

sur, en el dolmen de Tres Montes (Bardenas navarras). Además, debe mencionarse también su presencia en La Rioja, en la tumba colectiva de La Atalayuela. Su procedencia continental parece fuera de duda; es lo que parece indicar también su presencia a lo largo del Pirineo, sin rebasar el Ebro hacia el sur, especialmente junto a los pasos orientales de la cordillera.

La cerámica campaniforme suele llevar aparejada una serie de materiales que contribuyen también a caracterizar el Calcolítico avanzado, desde el plano de la cultura material: metal (objetos de cobre y cuentas de oro); determinadas piezas ornamentales, como los llamados brazaletes de arquero y los botones perforados en V, de los que se conocen distintas variedades (en casquete esférico de tipo «pirenaico», cónicos, prismáticos, Durfort, de tortuga); y puntas de flecha en sílex, ya con pedúnculo y aletas desarrolladas.

La introducción de las primeras cerámicas campaniformes en el país puede situarse con alguna anterioridad al 4000 BP., a juzgar por las pocas dataciones absolutas de que disponemos: cueva de Los Husos (3920 ± 100 BP.) y dólmenes de Los Llanos (4090 ± 120 y 4080 ± 170 BP.) y de Tres Montes (4080 ± 100 BP.); las dos primeras se refieren a campaniformes incisivos y la última a puntillado y mixto. Es posible que, como piensan muchos autores, las especies marítimas sean algo más antiguas que las incisivas, pero ignoramos si esto es aplicable a nuestro territorio. De todas formas, la convivencia de unas y otras se documenta en el sepulcro de La Atalayuela (La Rioja), con varias fechas en torno al 4100 BP.

Sus epígonos se han localizado en la cueva de Peña Larga, donde un campaniforme de tipo pseudoexciso aparece ya asociado a cerámicas propias de la Edad del Bronce. Otros ejemplares tardíos o epicampaniformes aparecen también documentados hacia mediados del segundo milenio en poblados navarros: Marijuan y Monte Aguilar.

3. EL POBLAMIENTO DURANTE EL NEOLITICO Y EL CALCOLITICO

Aunque no conocemos muchos yacimientos de los momentos iniciales del Neolítico, los asentamientos en cuevas parecen predominantes, en el contexto de la prolongación, sin transformaciones sustanciales, de los modos de vida epipaleolíticos. Pero esta es una proporción que tiende a invertirse con el paso del tiempo y así, a fines de esa etapa y durante el Calcolítico, puede hablarse de un poblamiento sin duda generalizado al aire libre.

Conceptos o expresiones tales como «población de cavernas» para definir la de estas épocas no responden a otra cosa que a distorsiones de la propia investigación, hasta hace poco centrada casi exclusivamente en el estudio de los yacimientos en cueva, en general más fáciles de localizar y más gratificantes, gracias a su mejor estado de conservación, que los asentamientos al aire libre.

Es cierto que hay una ocupación de las cuevas y abrigos rocosos —allá donde existen— durante estos períodos y aún con posterioridad (la cueva de Los Husos es un magnífico ejemplo). Su aprovechamiento parece lógico para el caso de grupos humanos reducidos, que pudieron hacer de estos lugares una residencia permanente, pero, probablemente con más frecuencia, su ocupación respondería a fines específicos y sería de tipo esporádico u ocasional, como se echa de ver en la débil potencia estratigráfica que han dejado muchos de estos asentamientos. A este respecto es también sintomático que, dentro de las cuevas, conozcamos más yacimientos funera-

rios que de habitación. Resulta igualmente significativo el proceso de reconversión de hábitats en sepulturas que se detecta en los niveles finales de diversos yacimientos en cueva, por estas épocas.

Por el contrario, son numerosísimos —y más todavía a raíz de las prospecciones recientes— los vestigios de poblados al aire libre. Estos yacimientos, frecuentemente conocidos desde antiguo como «talleres de sílex», en su mayor parte no son otra cosa que los restos de endebles aldeas, hoy prácticamente irreconocibles. Su investigación presenta muchas dificultades.

En la vertiente mediterránea, donde se han localizado en mayor número, las intensas labores agrícolas (en especial los modernos sistemas de arado, que afectan al terreno en mayor profundidad) han hecho desaparecer o, en el mejor de los casos, han removido y dispersado sus restos. Hoy, la mayor parte de estos asentamientos sólo puede reconocerse a través de las piezas de sílex o cerámica que afloran en superficie y mediante el examen de la distinta coloración de las tierras que suele delimitar su área de extensión. Localizados preferentemente en somontanos y riberas, se cuentan por centenares y con frecuencia aparecen en estrecho contacto, formando amplias agrupaciones o redes, tal vez como reflejo de distintas ocupaciones temporales por parte de una misma población.

Pocos de estos yacimientos han sido excavados. Su conocimiento procede, más bien, de prospecciones superficiales que a veces permiten recuperar conjuntos industriales homogéneos y, por tanto, aprovechables.

Algunos se definen como típicamente neolíticos. Es el caso de Urbasa 11, en la sierra de ese nombre, donde se han localizado molinos, hachas pulimentadas, cerámica y geométricos con retoque en doble bisel, sin restos de estructuras.

La mayoría parece corresponder a momentos avanzados del Neolítico y al Calcolítico. Como paradigma de este tipo de poblamiento merece citarse la aldea alavesa de La Renke —excavada en los últimos años—, que presenta, en el mismo lugar, una superposición de asentamientos que se inician en momentos avanzados del Neolítico y llegan hasta el Calcolítico campaniforme. Aunque el estrato superior, correspondiente a esta última etapa, ha sido completamente removido, en el nivel neolítico se han conservado interesantes suelos de cabañas y otras estructuras.

En la vertiente cantábrica del país el principal problema para la identificación de estas habitaciones al aire libre radica en su enmascaramiento por la vegetación y en la fuerte modificación del medio por la actividad humana. Sin embargo, prospecciones adecuadas, como las llevadas a cabo en Bizkaia durante los últimos años, van sacando a la luz numerosas evidencias de la existencia de pequeñas aldeas, que se localizan en diversos ámbitos del territorio: cordales montañosos, rellanos de ladera y zonas costeras.

En general, el conocimiento de estos poblados procede de prospecciones superficiales o controles de obras en el transcurso de las cuales se recoge material arqueológico, fundamentalmente piezas de sílex. También aquí se han emprendido muy pocas excavaciones.

De época antigua conocemos bien el asentamiento de Herriko Barra, situado a orillas del mar, en Zarautz. Su excavación proporcionó piezas de sílex (entre ellas geométricos con retoque en doble bisel) y hueso, así como restos de fauna exclusivamente salvaje. Tal vez se trate sólo de un campamento de cazadores. Su datación, en torno al 5800 BP., permite situarlo en las primeras etapas del Neolítico.

Pero, también en el Cantábrico, la mayoría de estos yacimientos presenta una cronología algo más avanzada. Un poblado representativo de estos momentos podría ser el de Ilso Betaio, situado en la montaña, en la zona occidental del Bizkaia, y excavado recientemente. Allí se han descubierto varios fondos de cabaña compuestos por rudimentarios enlosados y hogares, con una industria lítica que podría corresponder a un Calcolítico antiguo.

4. EL MUNDO FUNERARIO DURANTE EL NEOLITICO Y EL CALCOLITICO

No conocemos enterramientos correspondientes a las etapas iniciales del Neolítico. Aquéllos comienzan a menudear a partir del Neolítico avanzado, coincidiendo con la expansión por todo el Occidente de un nuevo ritual funerario: la inhumación colectiva.

Existen, no obstante, algunas sepulturas que, aun tardías, parecen deudoras de los viejos ritos de inhumación individual. Tal es el caso de las halladas en las cuevas de Marizulo (5285 ± 65 BP.), Fuente Hoz (5240 y 5160 ± 110 BP.) y ¿Padre Areso?

Las inhumaciones colectivas se encuentran muy bien documentadas en el país, en sus dos vertientes o ámbitos fundamentales: los sepulcros megalíticos y las cuevas naturales.

4.1. Los sepulcros megalíticos.

La densidad de sepulcros megalíticos es muy grande: alrededor de un millar de estructuras en el País Vasco peninsular, entre las que puede reconocerse una variada tipología arquitectónica. Una abrumadora mayoría corresponde a tipos de cámara simple, generalmente rectangular, a veces con peculiaridades estructurales (peristaltos, cámaras enlosadas...), y a túmulos desprovistos de cámara ortostática, pero equiparables a los anteriores por su funcionalidad, cronología y aparente identidad cultural. Se distribuyen fundamentalmente por zonas o ambientes de montaña (Gorbea, Aizkorri, Aralar, Urbasa-Entzia, Pirineo...). También en la montaña hay algún ejemplar más monumental, que se acerca al tipo de galería cubierta (Jentillarri, Arrako).

Otro grupo es el constituido por los sepulcros de corredor. Se trata de un conjunto importante, más que por su reducido número (en torno a la quincena), por su significación, su espectacularidad y la riqueza de sus ajueres. Se localizan en tierras bajas de la cuenca mediterránea (Llanada alavesa, Rioja alavesa, Cuartango...).

Dos monumentos de Artajona, en Navarra, presentan características especiales, con plantas intermedias entre galerías y sepulcros de corredor y puertas perforadas de piedra. Otro caso especial es el sepulcro de Longar, prolongación hacia Navarra de la estación de la Rioja, también provisto de puerta perforada, pero con cámara excavada a modo de hipogeo, paredes de mampostería y gran cubierta monolítica.

Descartado en principio el origen autóctono del megalitismo en nuestro territorio, pienso que su florecimiento podría obedecer, sustancialmente, a una doble corriente de influjos exteriores. Por una parte, los sepulcros de corredor vascos muestran un parentesco indudable con estructuras semejantes de la Meseta, en aspectos arquitectónicos, cronológicos e incluso en determinados elementos muy característicos de la cultura material. Por otro lado, dólmenes simples y túmulos sin cámara megalítica pare-

cen responder más a una tradición cantábrica, aunque en nuestra región no parecen adoptarse elementos propios de áreas más occidentales, tales como la técnica constructiva de túmulos a base de tierra y corazas de piedra, ni el arte megalítico.

Ambas corrientes tendrían su punto de partida original en el occidente peninsular, manifestándose en el País Vasco en fechas parecidas y muy antiguas: en la segunda mitad del IV milenio a.C. Además, habría que contemplar la personalidad indígena y la posibilidad de otras influencias (pirenaicas, continentales, sudpeninsulares...) en el transcurso del desarrollo de este megalitismo, que acabarían de componer un panorama seguramente complejo y todavía por esclarecer.

En base a unas pocas estratigrafías comparadas y a algunas dataciones radiocarbónicas, obtenidas en investigaciones recientes, es posible perfilar a grandes rasgos la evolución del megalitismo en nuestro territorio, diferenciando una serie de etapas sucesivas:

En primer lugar, un momento antiguo, netamente neolítico, correspondiente a la fundación de los primeros sepulcros, tanto simples como de corredor. Los ajuares característicos, tipificados tradicionalmente en el piso o nivel inferior del conocido dolmen de San Martín, consisten en hachas y mazas de piedra pulimentada, microlitos geométricos de sílex y algunos objetos muy específicos, como los ídolos-espátula de esta últimamente denominada «facies San Martín-El Miradero». Únicamente el sepulcro de Los Llanos suma a lo anterior una serie de puntas de tipología antigua, pero esto contradice (por el momento) lo observado de modo general y, por otra parte, admite más de una interpretación.

Las fechas de que disponemos en el País Vasco para esta época inicial resultan bastante coherentes entre sí y, como hemos dicho, apuntan a fines del IV milenio a.C.: Larrarte (5810 ± 290 y 5070 ± 140 BP.), Trikuaizti I (5300 ± 140 BP.), Los Llanos (5190 ± 140 BP.) y otras, aún inéditas, correspondientes a investigaciones recientes en el occidente de Bizkaia y el sur de Gipuzkoa. Como es sabido, en áreas próximas a la nuestra se han obtenido fechas muy semejantes para sepulcros con ajuares del mismo estilo.

La presencia de las primeras puntas de retoque plano, foliáceas o de pedúnculo y aletas aún no desarrolladas, muy bien podría caracterizar un segundo momento, atribuible al período de transición al Calcolítico o a un Calcolítico antiguo. Todavía se encuentran geométricos e incluso elementos como los ídolos-espátula mencionados antes. Monumentos como Hirimugarrieta 1, Kurtzebide (4445 ± 95 BP.), Longar (4580 ± 90 a 4445 ± 70 BP.) y seguramente también algunas sepulturas de Los Llanos (4660 ± 200 BP.), representan bien esta etapa, a mediados del III milenio.

La tercera fase, en torno al cambio del III al II milenio, viene representada por algunos sepulcros que podrían haber sido erigidos en pleno Calcolítico, exclusivamente con ajuares propios de este momento, en los que entra plenamente el metal y otros objetos tardíos. Pero parece todavía más frecuente el aprovechamiento de estructuras más antiguas para practicar inhumaciones, notoriamente las acompañadas por elementos campaniformes, que se nos muestran en los estratos superiores de las cámaras, en los corredores e incluso en los propios túmulos dolménicos.

A mediados del II milenio a.C., ya en plena Edad del Bronce, se constatan las últimas deposiciones funerarias en los sepulcros megalíticos.

4.2. Las cuevas sepulcrales

Las sepulturas en cuevas naturales suponen la otra cara de las inhumaciones colectivas en boga a partir del Neolítico avanzado. Se conoce un buen número de ellas (alrededor de un cuarto de millar), distribuidas por el territorio vasco peninsular de modo desigual, en función de los condicionantes geográficos (existencia o ausencia de áreas calcáreas) y de los resultados de las prospecciones arqueológicas emprendidas, al margen de la posible incidencia en el pasado de factores culturales que desconocemos.

Su coexistencia con el megalitismo durante las etapas finales del Neolítico y el Calcolítico plantea un interesante problema, aún por resolver.

No puede presentarse un prototipo de cueva que fuera elegida sistemáticamente para practicar enterramientos, Estos se localizan en cavidades de ubicación, dimensiones y orientación muy diversas. No es menos cierto, sin embargo, que abundan notablemente los covachas y cuevas angostas o de proporciones reducidas, muchas veces de acceso difícil, poco o nada aptas para habitación y que, por tanto, se han empleado exclusivamente con fines funerarios.

En estos lugares los cadáveres fueron simplemente depositados sobre el suelo, sin que aparezcan rastros de fosas u otras estructuras. Esta práctica, con el paso del tiempo, ha dado como resultado la dispersión y mezcla de los esqueletos y los ajuares. Por tanto, los niveles funerarios en cueva plantean parecidos problemas de investigación que las sepulturas megalíticas. No obstante, los materiales arqueológicos recuperados en muchos de estos yacimientos se me antojan muy homogéneos, como correspondientes a depósitos realizados en períodos breves de tiempo, quizá simultáneamente en ocasiones. Son raros los casos de superposición de niveles funerarios o la comparecencia, dentro de uno de ellos, de objetos adscribibles a diferentes épocas

No se conocen yacimientos funerarios en cueva paralelizables cronológicamente a la primera etapa del megalitismo, si exceptuamos los atípicos ya mencionados de Marizulo y Fuente Hoz, fechados en la segunda mitad del IV milenio a.C. En consecuencia, las inhumaciones colectivas en cueva tal vez supongan una tradición de rai-gambre algo más tardía que el megalitismo.

De todas formas, dicha tradición aparece ya sólidamente implantada en la primera mitad o a mediados del III milenio: San Juan ante Portam Latinam, Los Husos, Peña Larga, La Peña, Urtao II... Pero su verdadero apogeo tendrá lugar durante el Calcolítico/Bronce Antiguo, al que corresponden algunas de las expresiones más típicas de este ritual, localizadas en Arratiandi, Gobaederra (Alava), Kobeaga I, Pico Ramos, Las Pajucas (Bizkaia), Iruaxpe I, Pikandita, Urtao II, Sorginzulo (Gipuzkoa), Abauntz (Navarra) y un largo etcétera. Y todavía hay buenos ejemplos de esta forma de enterramiento en momentos posteriores a la extinción del megalitismo, durante el Bronce avanzado (Lamikela, Obenkun, Urbiola...) e incluso posteriormente.

- ALDAY, A.
1987 Los elementos de adorno personal y artes menores en los monumentos megalíticos del País Vasco meridional. *Estudios de Arqueología Alavesa* 15, 103-353. Vitoria.
1992 Síntesis sobre la secuencia cultural Neolítico-Edad del Bronce en el País Vasco. Sancho el Sabio 2 (2ª época), 19-49. Vitoria.
- ALTUNA, J.
1980 Historia de la domesticación animal en el País Vasco desde sus orígenes hasta la romanización. *Munibe* 32, 1-163. San Sebastián.
- ALTUNA, J.; MARIEZKURRENA, K.; ARMENDARIZ, A.; BARRIO, L. DEL; UGALDE, TX.; PEÑALVER, X.
1982 Carta Arqueológica de Guipúzcoa. *Munibe* 34, 1-242. San Sebastián.
- ALTUNA, J.; ARMENDARIZ, A.; BARRIO, L. DEL; ETXEBERRIA, F.; MARIEZKURRENA, K.; PEÑALVER, X. y ZUMALABE, F.
1990 Carta Arqueológica de Guipúzcoa. I: Megalitos. *Munibe (Antropología-Arqueología), Suplemento 7*. San Sebastián.
- ANDRES, T.
1977 Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro. Consideraciones críticas. *Príncipe de Viana* 146/147, 65-129. Pamplona.
1977 El poblamiento del Neo- y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro en relación con los yacimientos funerarios. *Estudios de/ Seminario de Preh., Arq. e H.ª Antigua de la Fac. de Fil. y Letras de Zaragoza* 3, 33-49. Zaragoza.
1978 *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la Cuenca Media del Ebro*. Universidad de Zaragoza.
1978 El utillaje de piedra tallada en los sepulcros de época dolménica del Ebro Medio. *Caesaraugusta* 45/46, 15. 41. Zaragoza.
1979 Ritos funerarios de la Cuenca Media del Ebro: Neolítico y Eneolítico. *Berceo* 97, 3-25. Logroño.
1981 El utillaje de hueso en los sepulcros de época dolménica del Ebro Medio. *Estudios de Arqueología Alavesa* 10, 145-175. Vitoria.
- 1986 Sobre cronología dolménica: País Vasco, Navarra y Rioja. *Estudios en Homenaje al Dr. A. Beltrán, Univ. de Zaragoza*, 237-265. Zaragoza.
1986 El Megalitismo en el Pirineo Occidental. *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular, 133-144*. Madrid.
1987 Megalitismo en la vertiente izquierda del Ebro Alto y Medio: Algunos problemas y perspectivas. *El Megalitismo en la Península Ibérica*, 149-157. Ministerio de Cultura, Madrid.
1990 El fenómeno dolménico en el País Vasco. *Munibe (Antropología-Arqueología)* 42, 141-152. San Sebastián.
- APELLANIZ, J.M.
1973 Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional. *Munibe, Suplemento 1*, 1-366. San Sebastián.
1974 El Grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco. *Estudios de Arqueología Alavesa* 7, 1-409. Vitoria,
1975 El Grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica. *Munibe* 28, 1-136. San Sebastián.
- ARIAS, P.
1991 *De cazadores a campesinos. La transición al neolítico en la región cantábrica*. Universidad de Cantabria, Santander.
- ARMENDARIZ, A.
1987 Problemas sobre el origen del megalitismo en el País Vasco. *El Megalitismo en la Península Ibérica*, 143-148. Ministerio de Cultura, Madrid.
1990 Las cuevas sepulcrales en el País Vasco. *Munibe (Antropología-Arqueología)* 42, 153-160. San Sebastián.
- ARMENDARIZ, A. y ETXEBERRIA, F.
1983 Las cuevas sepulcrales de la Edad del Bronce en Guipúzcoa. *Munibe* 35, 247-354. San Sebastián.
- BARANDIARAN, I.
1987 Los estudios sobre Antropología Prehistórica en el País Vasco. *Veleia* 4, 7-50. Vitoria.
- BARANDIARAN, I. y VALLESPI, E.
1980 Prehistoria de Navarra. *Trabajos de Arqueología Navarra* 2, 1-241. Pamplona.

- BARANDIARAN, J.M. DE
1953 *El hombre prehistórico en el País Vasco*. Ed. Ekin, Buenos Aires.
- BEGUIRISTAIN, M.A.
1982 Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y Edad del Bronce en el Alto Valle del Ebro. *Trabajos de Arqueología Navarra* 3, 59-156. Pamplona.
1990 El hábitat del Neolítico a la Edad del Bronce en Alava y Navarra. *Munibe (Antropología-Arkeología)* 42, 125-133. San Sebastián.
- CAVA, A.
1984 Las industrias líticas en los dólmene del País Vasco meridional. *Veleia* 1, 51-145. Vitoria.
1986 *Las industrias del Epipaleolítico al Eneolítico en la cuenca del Ebro*. Estudio tipológico. Universidad del País Vasco, Vitoria.
1986 La industria lítica de la prehistoria reciente en la cuenca del Ebro. *Bol. del Museo de la Zaragoza* 5, 5-72. Zaragoza.
1988 El Neolítico en el País Vasco Peninsular. *II Congreso Mundial Vasco, Congreso de Historia, I: De los orígenes a la cristianización*, 81-99. Ed. Txertoa, San Sebastián.
1988 Estado actual del conocimiento del Neolítico en el País Vasco Peninsular. *Veleia* 5, 61-96. Vitoria.
1990 El Neolítico en el País Vasco. *Munibe (Antropología-Arkeología)* 42, 97-106. San Sebastián.
- ETXEBERRIA, F.
1990 Los estudios de Paleopatología en el País Vasco. *Munibe (Antropología-Arkeología)* 42, 221-227.
- GARCIA GAZOLAZ, J.
1993 Los orígenes de las economías de producción en el País Vasco meridional: De la descripción a la explicación. *Illunzar* 94, 87-99. Gernika.
- GORROCHATEGUI, J. y YARRITU, M. J.
1984 Carta Arqueológica de Vizcaya. Segunda parte: Materiales de superficie. *Cuadernos de Arqueología de Deusto* 9. Bilbao.
1990 El complejo cultural del Neolítico Final-Edad del Bronce en el País Vasco Cantábrico. *Munibe (Antropología-Arkeología)* 42, 107-123. San Sebastián.
- ISTURITZ, M. J. y SANCHEZ, M. F.
1990 Investigaciones palinológicas en la Prehistoria vasca. *Munibe (Antropología-Arkeología)* 42, 277-285. San Sebastián.
- LLANOS, A. et alii
1987 *Carta Arqueológica de Alava. 1*. Diputación de Alava, Vitoria.
- MARCOS, J.L.
1982 Carta Arqueológica de Vizcaya. Primera parte: Yacimientos en cueva. *Cuadernos de Arqueología de Deusto* 8. Bilbao.
- MARIEZKURRENA, C.
1990 Dataciones Absolutas para la Arqueología Vasca. *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 42, 287-304. San Sebastián.
- MARIEZKURRENA, K.
1990 Caza y domesticación durante el Neolítico y Edad de los Metales en el País Vasco. *Munibe (Antropología-Arkeología)* 42, 241-252. San Sebastián.
- ORTIZ, L.
1987 El habitat en Alava desde el Neolítico a la Edad del Bronce. *Estudios de Arqueología Alavesa* 15, 7-102. Vitoria.
1990 Ordenación de la secuencia cultural del Calcolítico v la Edad del Bronce en el País Vasco. *Munibe (Antropología-Arkeología)* 42, 135-139. San Sebastián.
- PEREZ ARRONDO, C.L. y LOPEZ DE CALLE, C.
1986 Aportaciones al estudio de las culturas eneolíticas en el Valle del Ebro. I: Elementos de adorno. *Historia* 3. Inst. de Estudios Riojanos, Logroño.
1986 Aportaciones al estudio de las culturas eneolíticas en el Valle del Ebro. II: Los orígenes de la metalurgia. *Historia* 4. Inst. de Estudios Riojanos, Logroño.
- PEREZ ARRONDO, C.L.; CENICEROS, J.; DUARTE, P.
1987 Aportaciones al estudio de las culturas eneolíticas en el Valle del Ebro. III: La cerámica. *Historia* 9. Inst. de Estudios Riojanos, Logroño.
- RIPA, P.
1991-92 Monumentos megalíticos de Navarra 1890-1990. *Trabajos de Arqueología Navarra* 10, 185-223. Pamplona.

- RODANES, J. M.
1987 La industria ósea prehistórica en el valle del Ebro. Neolítico-Edad del Bronce. *Arqueología y Paleontología 4. Serie Arqueología Aragonesa, Monografías*. Diputación de Zaragoza.
- RUA, C. DE LA
1990 Los estudios de Paleantropología en el País Vasco. *Munibe (Antropología-Arkeología) 42*, 199-219. San Sebastián.
- SAENZ DE BURUAGA, A.
1983 Análisis del poblamiento humano en los yacimientos líticos de superficie, durante la prehistoria con cerámica en la provincia de Alava. *Estudios de Arqueología Alavesa II*, 287-356. Vitoria.
- SESMA, J.
1993 Aproximación al problema del hábitat campaniforme: El caso de las Bardenas Reales de Navarra. Cuadernos *de Arqueología de la Universidad de Navarra 7*, 53-119. Pamplona.
- VALDES, L.
1989 Los primeros objetos de cobre del País Vasco. Consideraciones a la introducción de la metalurgia. *Kobie (Serie Paleantropología) 18*, 65-86. Bilbao.
- VIVANCO, J. J. 1981 Orientación y tipología de las cámaras de los dólmenes de montaña y valle. *Estudios de Arqueología Alavesa 10*, 66-144. Vitoria.
- ZULUETA, M.J. y ZUMALABE, F.
1990 Cartografía de los yacimientos Pre y Protohistóricos del País Vasco. *Munibe (Antropología-Arkeología) 42*, 305-317. San Sebastián.